

José Emilio Pacheco

La generación crítica

“Escribimos en Nuestra América sobre el papel del tiempo, sobre el tiempo perecedero, escribimos sobre la urgencia del lector y el medio y la hora que vivimos o nos vive, y sin duda el tiempo nos escribe y nos dispersa y en cenizas nos convierte”, decía Angel Rama en el prólogo de 1982 a *La novela latinoamericana 1920-1980*.

Los libros de los muertos nos hablan desde la muerte. Los muertos nos miran desde la muerte. Es doloroso escribir de ellos ahora y resulta imposible quedarse en silencio. Han pasado cinco semanas desde aquel intolerable amanecer de Madrid y uno sigue pensando en los amigos muertos. De nada sirven los recursos tradicionales del apunte necrológico. Decir: vivirán en sus obras, nos dejan el consuelo de su memoria, una gran parte de lo que hemos sido muere con ellos, es cierto y es inútil. No tenemos poder alguno contra esas dos palabras que presiden nuestras vidas y nuestras muertes: nunca más.

Nunca más volverá la época de hace veinte años (veinte siglos pero también veinte minutos) que evocó Jorge Ibarguengoitia en su penúltimo artículo de *Vuelta*: “una época en que los escritores y artistas mexicanos dependíamos de programas en Radio Universidad, empleos en Difusión Cultural, artículos mensuales pagados a doscientos pesos, etcétera”. Nunca más aparecerá en aquel décimo piso de la Rectoría Angel Rama para hablar con la vehemente precisión que lo hizo el mejor expositor oral que uno ha escuchado. Nunca más se paseará Marta Traba de un lado a otro del escenario en que da una conferencia para decir cosas “azules y eléctricas”, es decir insolentes y radiantes. Nunca más en la rue Larvey o en la Ciudad Universitaria de Madrid dejará Manuel Scorza que caiga en medio de la conversación alguno de sus aforismos demoledores e hilarantes como: “Es evidente que el dinero no proporciona la felicidad. Pero

produce algo tan parecido a ella que sólo un especialista sabría distinguirlo”.

Los libros y los imperios

Angel Rama se quejaba de no haber dedicado más tiempo a lo mejor que han producido nuestros países: la poesía. La poesía que como el personaje de Rilke, “nos permite resistir”. Con palabras de Azevedo Oliveira, digamos que de 1963 nos separa “un río de muertos, un desierto de sangre”. Ese ha sido el transfondo de nuestro destino latinoamericano en estos veinte años. Y sin embargo hay algo más allá del matadero y el campo de torturas en estas dos décadas. Ahora todos somos, como decía Neruda en *La barcarola*, “mexibianos, argentuayos, caribianos, panamanes, colomvenechilenomaltecos”. La otra cara del exilio es el mutuo reconocimiento de que el mundo no acaba en las torres de mi parroquia y la luna de mi aldea no es necesariamente más brillante ni más redonda que la luna de tu aldea.

Las vidas hechas obras de los cuatro dan testimonio de la diversidad regional latinoamericana que desde luego es parte de nuestra riqueza y no de nuestra perpetua miseria. Los libros unen lo que separan los imperios. Si Scorza podía hablar de la literatura como “primer territorio liberado de América Latina” —el continente ayer esclavo de Europa, hoy esclavo del Fondo Monetario Internacional— fue gracias a una tarea conjunta en la que ocuparon un lugar de primera línea Angel Rama y *Marcha*, la gran revista de Carlos Quijano. A *Marcha* y a Rama les debemos en gran medida nuestra idea actual de la literatura latinoamericana en una parte del mundo en que los libros, aunque escritos en el mismo idioma, rara vez circulan de un país a otro si no se publican en la antigua metrópoli.

Una demostración de este problema —llevado al terreno de la catástrofe por la crisis económica y las medidas gubernamentales— se encuentra en la comparativa escasez de notas mexicanas acerca de Rama, Marta Traba y Scorza. Todos los libros de Ibargüengoitia se publicaron aquí. Pero cómo tener acceso a las obras de Rama que aparecieron en Uruguay, Venezuela, Colombia. El mismo ciclo épico de Scorza, *La guerra silenciosa*, que ha sido un best seller, consta de una novela impresa en Barcelona, tres en Caracas y la última en el D.F.

La generación del exilio

Angel Rama (1926), Jorge Ibarguengoitia (1928), Manuel Scorza (1928) y Marta Traba (1930), para citarlos en orden cronológico, pertenecen a la que el primero llamó en su libro sobre la cultura uruguaya, la generación crítica. Porque "cuando una cultura se incorpora al espíritu crítico, no deja ningún resquicio de las manifestaciones intelectuales sin contagiarse del mismo afán: un poema erótico, un cuadro de caballete, una novela sentimental responden al mismo impulso que un estudio histórico, un editorial periodístico, una diagnosis sociológica". Cada uno de ellos, desde su situación irreplicable y su punto de vista irremplazable, discutió centralmente vida, ideología y arte de la sociedad contemporánea.

Al horror de sus muertes se suma el hecho de que hayan ocurrido precisamente en un avión y en viaje a un congreso. Pues la generación crítica fue también la generación del exilio y aquella a quien le tocó la era del jet y los congresos, era que llega a su fin con el desastre latinoamericano y el accidente de Barajas. Si uno piensa que López Velarde murió sin conocer el mar y Gutiérrez Nájera únicamente viajó a Querétaro y a Veracruz, entenderá la insólita posibilidad de amplitud e intercambio que abrieron la aparición simultánea del jet y del primer congreso de escritores latinoamericanos celebrado en Chile hacia 1960, idea que llegó junto con los talleres literarios en países donde se pensaba que las únicas ocupaciones que no necesitan de preparación alguna son las letras y la política.

La total circunferencia

Nacer es un azar, morir es una absoluta certeza. Nada más natural que la muerte, y sin embargo tan inaceptable nos resulta en los demás y en nosotros mismos que hemos inventado toda clase de negaciones: desde los fantasmas hasta la gloria póstuma, de las sesiones espiritistas a los monumentos funerarios. Más efímeras que unas cuantas flores en la sepultura son unas cuantas líneas de despedida. Casi se diría una ofensa reducir trabajos y existencias a la precariedad de algunos renglones. Pero ante la alternativa del silencio pasen al menos como expresión mínima del agradecimiento y el dolor personales.

"Ahora puedo limitarme a decir que nací en un barrio popular, de padres españoles inmigrantes, que en él y en la escuela pública cercana me eduqué, dentro de una sociedad abierta y aluvional que había cifrado en la democracia sus esperanzas, su felicidad y su realización", declara

Angel Rama en uno de sus contados momentos autobiográficos. Beneficiario y víctima del tradicional pluriempleo latinoamericano, se forjó en el yunque durísimo pero también estimulante de las veinte o treinta horas de clase a la semana y los artículos (de veinte o treinta cuartillas) que cada ocho días publicaba en *Marcha* y no están en su mayor parte reunidos en libro.

En clase fue el profesor más brillante y lúcido que recuerdan todos los que tuvieron ocasión de escucharlo. Como cronista y crítico literario fue de quienes hicieron del Uruguay el mejor periodismo de su momento en lengua española. Continuó y ahondó la admirable tarea de *Marcha* en las dos direcciones: la nacional y la continental. A quienes lo leíamos desde lejos nos dio no el sector ni el arco sino "la total circunferencia": la idea de una literatura latinoamericana que Rama jamás quiso reducir al auge de un género, la novela, ni de una década, los sesentas. Las grandes obras que seguirán siéndolo con o sin "boom" fueron posibles, insistió siempre, no sólo por el talento personal de sus autores ni por las influencias o apropiaciones extranjeras sino también, y sobre todo, porque encontraron un suelo nutricional en el trabajo acumulado de las generaciones latinoamericanas.

Crítico de la actualidad literaria, Rama releyó como pocos la literatura del pasado remoto e inmediato e hizo sus mayores esfuerzos por difundirla dentro de su país (en la *Enciclopedia Uruguaya*, en la editorial Arca, en las mismas páginas de *Marcha*) y en todos los demás países —a los que, hoy como nunca, y en la hora de la desgracia, podemos llamar nuestros— en la empresa monumental que es la Biblioteca Ayacucho. Sus cien volúmenes representan la memoria literaria de Nuestra América y la tradición profunda que nos sostiene.

El universo simbólico

El exilio que destruyó tantas cosas tuvo el efecto paradójico de permitirle a Rama dedicarse a sus libros. Si antes de abandonar el suelo natal había intentado varios caminos sin excluir la narrativa (en un hermoso libro, *Tierra sin mapa*, que es la crónica del encuentro con la Galicia de sus padres), entre 1970 y 1980 hizo su mayor obra crítica. *Rubén Darío y el modernismo* cambió para siempre nuestra visión de este movimiento y lo explicó históricamente sin reducirlo a la condición de mero síntoma o reflejo de las transformaciones sociales. *La generación crítica 1939-1969* fue su libro más unitario, indispensable para entender lo sucedido en Uruguay y útil para el resto de Latinoamérica. *La novela latinoameri-*

cana reunió sus ensayos panorámicos que desde hace mucho se convirtieron en clásicos como "Diez problemas para el novelista latinoamericano" o "Los dictadores en la novela".

Los gauchipolíticos rioplatenses prueban que su pasión por la literatura de su ámbito no lo abandonó nunca. *Salvador Garmendía y la narrativa informalista* y *El universo simbólico de José Antonio Ramos Sucre* fueron, después de la Biblioteca Ayacucho, el producto más visible de sus años venezolanos. Al mismo tiempo hizo ediciones de Henríquez Ureña y García Márquez, antologías (*Primeros cuentos de diez maestros latinoamericanos*, *Novísimos narradores hispanoamericanos en Marcha*) y polemizó con Vargas Llosa, (*García Márquez y la problemática de la novela*), lo cual en un acto de generosidad pocas veces visto, no le impidió reconocerlo cuando apareció *La guerra del fin del mundo* como "nuestro mayor clásico vivo".

Angel Rama hubiera continuado esta inmensa tarea civil, no sólo literaria, en la Universidad de Maryland si el gobierno de Reagan no lo hubiese expulsado del país en compañía de su segunda esposa, Marta Traba. Anthony Lewis escribió en *The New York Times*: "Así en la muerte como en la vida, el profesor Rama es un símbolo y un reproche para todos aquellos que se preocupan por los niveles de la libertad y la civilización en los Estados Unidos. Murió como víctima de las inciviles leyes inmigratorias y de los inciviles burócratas".

Los pasos de López

Quien todavía tiene entre las ruinas de México el privilegio de leer ha leído sin falta a Jorge Ibargüengoitia y lleva su presencia en la memoria. El duelo verdaderamente nacional que ha sido su pérdida mide su significación para nosotros. Su talento nos presentó el espejo cóncavo en que pudimos reírnos no de los demás sino de nosotros mismos, de la infranqueable distancia entre lo que somos y lo que creíamos ser.

Nunca nos consolaremos de no volver a verlo, ni de que Jorge haya muerto sin darnos la novela farsica y trágica de la gente que Tomás Mojarro llama "tan apenitas", los personajes que, al enloquecer en los papeles larger than life que les dieron la corrupción, la adulación y el servilismo nos arrojaron (muy en la vena tragicómica de *Los relámpagos de agosto* y *Las muertas*) al pozo de Calcuta en que nos debatimos al terminar el año de Kafka e iniciarse el año de Orwell.

Ibargüengoitia fue el caso único de un escritor satírico que no perdió la misericordia cristiana y se condenó con los que juzgaba y ridiculizaba.

Fue el crónista de la decadencia y caída de la aristocracia criolla y aún su bisabuelo prócer, el liberal Florencio Antillón, apareció en sus textos como antihéroe: el general que llegó tarde a nuestros dos únicos triunfos en la historia de derrotas: Puebla 1862, Querétaro 1867. Así como el Obregón de *El atentado* y parte de *Maten al león* es el único general mexicano que jamás perdió una batalla, el bisabuelo. Santos Degollado y Pablo González forman la trilogía de los generales mexicanos que jamás ganaron ninguna batalla.

La guerra por la tierra

Nadie tan lejano a Ibarguengoitia como su estricto contemporáneo Manuel Scorza. Scorza era, y se enorgullecía de serlo, el hijo del panadero de la cárcel, el "cholo" que nunca escondió su justificadísimo rencor contra "los crueles amos blancos del Perú". Después de una obra poética escrita en buena parte entre nosotros y que la UNAM reunió en el volumen *Poesía incompleta*, Scorza dedicó los años del exilio en Francia a escribir entre 1970 y 1979 la pentalogía épica que llamó primero *Cantatas* y después *La guerra silenciosa*.

Término como "novela testimonial" o "novela sin ficción" no logran abarcar lo que hizo Scorza en estos libros traducidos a más de veinte idiomas. En *Redoble por Rancas* se inicia la crónica de la guerra por la tierra. Una transaccional, la Cerro de Pasco Corporation, explota el oro y el ganado. Para ensanchar sus propiedades invade los terrenos comunales. Los legítimos dueños, a quienes el orden colonial sentenció a labrar el suelo para beneficio ajeno e hizo de "indio" y "campesino" casi confusos sinónimos, se levantan en legítima resistencia. La guardia de asalto llega de Lima para masacrarlos.

Scorza, testigo y actor de estas jornadas, narra en *Garambombo el invisible* cómo año y medio después Fermín Espinosa, el Garambombo del título, recupera las tierras y literalmente se vuelve invisible para sus enemigos feudales. Otra matanza de campesinos en la comunidad de Yanacocha cierra el tercer volumen, *El jinete insomne*. Pero una vez más el fuego de la resistencia arde en el *Cantar de Agapito Robles* en lucha con el sombrío (y real) juez Montenegro. El último tomo, *La tumba del relámpago*, es una elegía: por un instante el fulgor del relámpago ardió en la negrura, iluminó la historia de los oprimidos. "La esperanza duró menos que este relámpago, ceniza ya de la oscuridad".

Con *La danza inmóvil*, publicada a comienzos de 1983, Scorza se propuso continuar hasta nuestros días la crónica de la violencia en Perú.

Alguna vez, nadie sabe cuándo, las tierras serán devueltas a las comunidades que durante cuatro siglos han luchado por ellas. Y en esas tierras se alzarán la tumba y el monumento de quien escribió *La guerra silenciosa*.

Conversación al sur

“Marta Traba”, ha dicho Elena Poniatowska, “era una mujer necesaria, esencial. Hacía falta. Hace falta. Estaba mejor preparada que todas nosotras. Era más atrevida en sus juicios. Veía mejor. Pensaba mejor”. Había nacido en Buenos Aires en 1930 y publicado un libro de poemas, *Historia natural de la alegría*, que luego desconoció autocriticamente. El impulso poético, no obstante, encontró cauce en todos sus escritos. Estudió en París y en Roma y vivió mucho tiempo en Bogotá como directora del Museo de Arte Contemporáneo y crítica en varias publicaciones. Aquí la conocimos, polémicamente como siempre, hace 25 años cuando en *Mito* —la revista de Jorge Gaytán Durán que nos reveló a García Márquez, a Mutis y a otros grandes escritores— lanzó un implacable ataque contra los muralistas mexicanos. Un cuarto de siglo después, lo comprueba el homenaje a Orozco, el muralismo tiene su importantísimo lugar que ya nadie disputa. Pero en aquel momento su crítica nos pareció algo terrible y nos apresuramos a improvisar las defensas más pueriles.

Marta Traba dijo siempre lo que pensaba. Tuvo el supremo valor de sus convicciones y no le importó quedar bien o mal con nadie. En cada ciudad donde vivió sostuvo polémicas feroces. (“Marta, ya estuvo bueno, ya no le contestes. No, no: me niego a dejarle la última palabra”.) Pero lo que destruyó en prejuicios, sumisiones y visiones rutinarias es menos importante que cuanto ayudó a ser y nos enseñó a ver. Al lado de sus libros acerca de artes plásticas (*Los cuatro monstruos cardinales: Bacon, Cuevas, Dubuffet, de Kooning, Los signos de la vida, La zona del silencio, Dos décadas conflictivas*) quedan por reunirse innumerables ensayos, artículos, conferencias en que pugnó sin tregua por una pintura y un dibujo latinoamericanos tan libres de cualquier academia como de las presiones de la moda y los mercaderes. (Su amor por el dibujo se parece al amor de Rama por la novela corta. A su juicio, en este género la narrativa de nuestros países ha dado sus verdaderas obras maestras).

El premio Casa de las Américas que reveló a Ibarguengoitia a un público más amplio que el mexicano también descubrió como novelista a Marta Traba, escritora excelente pero mucho menos leída de lo que merece y va a ser sin duda. Pero quién puede conseguir en el México de hoy

La jugada del sexto día (Chile, 1970), los cuentos de *Pasó así* (Montevideo, 1968). *Homérica Latina* (Bogotá, 1969). En cambio, es posible y necesario leer *Las ceremonias del verano* (Montesinos) y en primer término, *Conversación al sur* (Siglo XXI), tal vez su mejor libro.

En 1966, cuando apareció la edición cubana, Juan García Ponce definió así *Las ceremonias del verano*: esta novela “puede leerse como un extraño poema. En ella la realidad descansa por completo en el poder del lenguaje. Mediante la creación de un ritmo narrativo con una respiración larga y contenida, en el que las palabras avanzan y retroceden sobre sí mismas, extendiéndose en un continuo murmullo con un poder envolvente vasto y variado como el mar, Marta Traba va tejiendo un largo lamento encerrado en cuatro momentos principales en el que los sucesos aparecen apenas entrevistos, como rocas que deja ver por un instante la marea en medio del ir y venir de las palabras”.

La distancia entre el verano de nuestras esperanzas y el invierno de nuestro desconsuelo se aprecia dolorosamente en la extraordinaria *Conversación al sur* (1971). Dos mujeres, una de cuarenta y otra de veintiocho, Irene y Dolores, hablan en Montevideo. Entre ellas se extiende “el río de muertos, el desierto de sangre”. Todo se ha vuelto amenaza, dolor y muerte. *Conversación al sur* es la novela de la guerra sucia, del exterminio, de la larga noche que cayó sobre Sudamérica y que ahora parece llegada a su final con el ascenso al poder de Alfonsín y la resistencia popular chilena y uruguaya. Con estas líneas de luz en el momento más siniestro que ha vivido Nuestra América, recibamos a 1984 y despedámonos de Angel Rama, Jorge Ibargüengoitia, Manuel Scorza y Marta Traba. Si los muertos pudieran escuchar lo que los vivos dicen, sabrían los cuatro que sus obras y su memoria nos acompañarán mientras estemos sobre esta tierra que es más pobre y es más triste sin ellos.